3058

MANUEL MARIA VILLAVERDE

El deber de amar

BOCETO DE COMEDIA

en un acto, original y en prosa

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904

A su distinguido amigo, el
stre escritor D. José Francos Ro
guez, tiene el gusto de dedicarle
u obrita

El Autor.

EL DEBER DE AMAR

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los paises con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL DEBER DE AMAR

BOCETO DE COMEDIA

en un acto, original y en prosa

DE

MANUEL MARIA VILLAVERDE

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO JOVELLANOS la noche del 26 de Marzo de 1904

MADRID

S. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1904

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA LUISA.....	SRTA. MATILDE MORENO.
DOÑA VIRTUDES.....	SRA. LUNA.
MIMÍ.....	BADILLO.
FERNANDO.....	SR. MORANO.
DON RAMÓN.....	RUIZ-TATAY.
GUSTAVO.....	VIÑAS.
FRANCISCO.....	CERNADAS.

La acción en Madrid —Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Interior amueblado con gusto severo. Mesa pequeña al centro, sobre la cual habrá un ramo de flores, un timbre y otros objetos que se indicarán. Puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA

DOÑA VIRTUDES, DON RAMÓN y FRANCISCO. Don Ramón está repasando unas cuartillas. Francisco sale con un periódico ilustrado que va á ofrecer á doña Virtudes

FRAN. El periódico de la señora.

VIRT. Tráele.

RAM. Francisco.

FRAN. Señor...

RAM. Toma. Lleva estas cuartillas á la imprenta. Pronto.

FRAN. Al instante. (Vase foro.)

VIRT. ¡Qué rarezas las de la moda! Mira, Ramón, es la última palabra, la *dernier cri*, como se dice ahora.

RAM. (Leyendo lo que escribe, sin hacerla caso.) ¡Y poner toda el alma en mi cariño!

VIRT. (Ofendida.) ¡Vaya un modo de hacerme caso!

RAM. ¿Pero estabas hablándome, hija mía?

VIRT. ¿No me has oído?

RAM. ¿Qué era ello? Alguna tontería de esos periodicuchos de moda, ¿verdad? Las mujeres

678207

no pensáis más que en frivolidades. ¡La moda! ¡La moda! La esencia de la frivolidad. La ocupación de los desocupados.

VIRT. ¡Qué cosas tienes, hombre! En sacándote de tus libros y de tus versos ya no hay quien pueda entenderse contigo.

RAM. Es verdad. Ahora estaba ordenando las cuartillas de un nuevo libro. ¿A que no adivinas de qué?

VIRT. ¿De versos?

RAM. Sí. Unos versos que escribí para tí cuando éramos novios. ¿Qué quieres? Cuando llegamos á viejos, gozamos en remover los recuerdos para hacernos la ilusión de que vivimos otra vez el pasado.

VIRT. Y vas á publicar...

RAM. Sí; ya sé que es una locura. Nadie lee ya versos. ¿Quién hace caso de lirismos?

VIRT. Todavía...

RAM. Nadie, mujer. ¿Qué entiende el vulgo de eso? Observa tú lo que sucede: un libro de cocina se vende más que un libro de versos. El libro de cocina habla para el estómago; el libro de versos habla para el corazón... ¿Dónde están los hombres que sepan en qué sitio llevan el corazón y los que ignoren en qué lugar tienen el estómago?

VIRT. ¡Siempre lo mismo!

RAM. La naturaleza nos ha formado en el molde del egoísmo. Al rodar después por el mundo, vamos perdiendo sensibilidad. Cuando llegamos á mitad del camino, no somos hombres, somos muñecos que seguimos andando por medio de aparatos de relojería. Por eso nuestros lectores son las doncellas y los mozalvetes.

VIRT. ¿No recuerdas cuando me leías esos versos?

RAM. Al pié de tu ventana. Me parece que todavía estás allí aguardándome, entre las flores que adornaban tu reja.

VIRT. Los había á mi boca, á mis ojos, á mi pelo, á mis pies, á mis manos; y otros que decían: «á tí», «á ella», «á tú»...

RAM. ¡Mujer, que estropeas la gramática!

VIRT. Es que chocheamos. (Pausa) ¿No has visto hoy á Fernando?

RAM. Todavía no.

VIRT. No sé qué tiene ese muchacho.

RAM. Va por mal camino. Le fatiga la vida del hogar. La intimidad le aburre. Yo no sé si ha dejado de querer á María Luisa. Noto en él no sé qué retraimientos... ¡Lástima de muchacho! Tiene talento, fortuna, porvenir; nada le falta para ser dichoso, y sin embargo, no lo es. Yo me afano por hacerle grata la vida; es nuestro hijo y tenemos ese deber.

VIRT. Y no lo conseguimos.

RAM. ¡Quién sabe! Nosotros hemos sido felices. Tú me enseñaste á conocer la vida en lo poco que tiene de buena. Me enseñaste que vale más un pedazo pequeño de este cariño que se labora en el hogar y germina dulcemente en la familia, que todas las pasiones locas del mundo.

VIRT. ¡Qué bueno eres!

RAM No; la buena eres tú, tú que has sabido hacerme feliz, viviendo aquí, á la grata sombra de esta casita, sin ambiciones, sin luchas, sin pasiones que consumen la vida y desgarran y atrofian el corazón. ¡El corazón! Si tú supieras cómo en el mío ha estado siempre viva la llama del cariño; siempre con igual fuerza, sin apagarse nunca, pero sin crecer tampoco ni extenderse en una de esas fogatas que todo lo consumen en un instante.

VIRT. ¡Ramón!

RAM. ¡Virtudes! (Campanillazo.)

VIRT. Llaman.

RAM. Algún importuno.

VIRT. Veré quién es.

ESCENA II

DICHOS, MIMÍ y GUSTAVO

VIRT. Mimí, Gustavo; pasen, pasen ustedes.

MIMÍ Doña Virtudes... don Ramón..

RAM. Señora... Gustavo... ¡Cuánto bueno!

GUST. Mi señora doña Virtudes... Mi respetable amigo... (Abrazos, apretones de manos, cumplidos.)

MIMÍ Ya sé que siguen todos ustedes bien.

RAM. Todo lo bien que se puede seguir á nuestra edad, luchando con los años y los achaques.

MIMÍ Todos los días le pregunto á Gustavo: ¿cómo siguen por casa de don Ramón? ¿Qué tal doña Virtudes? ¿Y María Luisa?

VIRT. El viene por aquí todos los días á buscar á Fernando; pero usted hija, nunca se deja ver. Y yo creo que por aquí no la tratamos mal, ni la recibimos á tiros.

MIMÍ ¿No sabe usted? Con el trajín de la mudanza á nuestra nueva casa, no hemos tenido tiempo para nada; ni un momento libre. ¡Es un trabajo enorme!

RAM. Sí; sobre todo para los mozos de cuerda.

VIRT. ¿Y han terminado ustedes?

MIMÍ No del todo, pero ya falta poco, casi nada. Por allá les espero á ustedes. No hay excusa posible. O van ustedes, ó nos enfadaremos muy seriamente.

VIRT. No, hija, no. Ya lo creo que iremos.

MIMÍ Ha quedado preciosa, ¿verdad, Gustavo?

GUST. Sí, preciosa; esa es la frase. (Aparte.) ¿No saldrá María Luisa? (Da muestras de gran aburrimiento.)

MIMÍ El comedor estilo Luis XIV, la galería estilo Luis XV, la sala estilo Imperio...

RAM. ¡Pero, Mimí, por Dios! ¿Va usted á encerrarse en la historia de Francia?

MIMÍ ¡Qué cosas tiene usted, don Ramón!

GUST. ¿Y Fernando, no está?

VIRT. Por allá dentro. Estará en su despacho.

MIMÍ ¿Y María Luisa?

VIRT. También. Los llamaremos. (Asomándose á la puerta de la derecha.) ¡María Luisa!

RAM. (Asomándose á la puerta de la izquierda.) ¡Fernando!

VIRT. ¡Pobrecillos! Fernando siempre está en su trabajo; María Luisa con sus quehaceres.

GUST. (Aparte.) Plan divertido para dos recién casados.

ESCENA III

DICHOS y MARÍA LUISA. A poco FERNANDO

MIMÍ (Corriendo á abrazarla) ¡María Luisa! ¡Felices los ojos que te ven!

M. LUI. ¡Niña! (Se abrazan.)

GUST. (Aparte.) Cada día está más hermosa. (Tendiéndole la mano ceremoniosamente.) Señora...

M. LUI. Buenas tardes, Gustavo.

MIMÍ Te has molestado por nosotros.

M. LUI. No, hija. Ya lo sabes que no.

MIMÍ Tenía ganas de verte. Tenemos que hablar mucho, mucho. Estos señores no se molestarán si no lo hablamos ahora. Un día me dedicas la tarde y vienes á mi casa. No hay excusa, ¿eh?

FERN. (Saliendo.) ¡Mimí! A los pies de usted.

MIMÍ Buenas tardes, Fernando. (Aparte rápidamente.) Por verte he venido. Esta noche te espero en casa. A las diez.

GUST. ¡Mi querido Fernando!

FERN. Hola, Gustavo.

VIRT. Siéntense ustedes. (Se sientan. La colocación es la siguiente: en el centro doña Virtudes y don Ramón, á la derecha María Luisa y Gustavo, á la izquierda Mimí y Fernando.)

FERN. No esperábamos esta visita.

MIMÍ (Con marcado sarcasmo.) No queríamos venir á molestar. A los recién casados todo les molesta, todas las visitas les son importunas.

GUST. Y sobre todo cuando el amorcillo de los novios se torna con el matrimonio en pegajosa solicitud. El tiempo corre sin notarlo.

FERN. Cierto, cierto. (A María Luisa.) ¿No es verdad, nena? Ocho meses llevamos de matrimonio; ocho días nos parecieron.

GUST. Como á nosotros. ¿Verdad, Mimí?

RAM. Son deliciosas estas intimidades de los matrimonios jóvenes.

VIRT. Calla, hombre, calla.

MIMÍ A don Ramón le robaron los años la memoria. Ya se ha olvidado de los tiempos buenos.

RAM. ¡Quite usted, por Dios! Pues si á veces todavía les damos envidia á estos muchachos. ¿Verdad, Virtudes?

VIRT Sí, hombre.

RAM. ¿Verdad, María Luisa?

M. LUI. Sí, sí. (María Luisa permanece pensativa y triste.)

RAM. ¿Ven ustedes? Dicen, y es verdad, que el amor no envejece nunca. Los deberes que impone el matrimonio, si el afecto no los anima, llegan á fatigar, y del deber seco al desamor declarado no media más que un incidente, un pretexto cualquiera; el convencionalismo que imponen las buenas formas y el qué dirán, cansa y termina por hacerse insufrible; pero el amor, el amor verdadero... Yo desafiaría á cualquiera de ustedes dos: á usted, Gustavo; á tí, Fernando; jóvenes, fogosos, recién casados, llenos de vida, cargados de ilusiones, á poner el corazón junto al mío, caduco, viejo, cansado de latir. (Mientras habla, Mimí y Fernando cruzan en voz baja, disimuladamente, algunas palabras. También Gustavo le habla en voz baja á María Luisa.)

FERN. Teorías tuyas, papa.

RAM. Verdades de todo el mundo, hijo mío.

GUST. ¿Por qué no? La edad no es decreto contra el amor.

RAM. Yo creo que al contrario, joven, al contrario. Cuando se tienen pocos años, todavía se mira con deleite al mundo y sus resplandores falsos nos ciegan y entonces casi llega-

mos á olvidarnos del amor, que sustituímos por el placer; pero luego, cuando la experiencia nos va enseñando la amarga ciencia del vivir, entonces es cuando despertamos á la verdad y comenzamos á sentir el amor, el amor manso y tranquilo y dulce, que es el verdadero. Por eso los viejos somos todo amor. (Mientras habla, Fernando y Mimí siguen cuchicheando, y Gustavo asediando á María Luisa. Don Ramón se pasea de un lado á otro, sin que le hagan caso. Solamente lo escucha doña Virtudes.)

FERN. Eso es un sermón de cuaresma, papá.

RAM. Tú te burlas de todo.

VIRT. ¡Bah! Dejad eso. Cada loco con su tema.

GUST. Está usted en lo firme, don Ramón, pero ¿qué quiere usted? La juventud es irreflexiva, tiene locuras, devaneos; pero en el fondo... los mismos somos á los veinte años que á los cincuenta; la única diferencia consiste en algunas ilusiones menos y algunos desengaños más. Ya ve usted que yo también sé un poco de filosofía, filosofía barata, barniz filosófico que me da brillo de pensador. Lo mismo les sucede á muchos; pero son pocos los que lo confiesan.

VIRT. Las mujeres les hemos usurpado á los hombres la fama de habladoras que tenemos. Cuando toman dos hombres una conversación no saben dejarla. ¿Han visto ustedes cómo hacen monótono hasta el mismo amor?

GUST. Mimí, ya es tarde. No te olvides de que tenemos muchísimo que hacer.

MIMÍ Es verdad, nos iremos. Es muy grata la compañía, pero las obligaciones, los deberes... Adiós, María Luisa. Que no se te olvide el camino de casa. Pero, hija, ¿qué tienes? Estás triste. ¿Te sientes mal?

M. LUI. No, no, nada; no es nada.

MIMÍ Pues cualquiera diría... (Aparte á ella.) ¿Secretillos tenemos, eh? Seré discreta.

GUST. Adiós, María Luisa. (Aparte.) Tendrá usted que acabar por oirme.

M. LUI. (Aparte.) Nunca.

GUST. (Aparte.) Ya veremos quién tiene razón. Por usted vendré luego.

M. LUI. (Aparte.) Cállese usted.

GUST. (Aparte.) No olvide usted que volveré á verla.

MIMÍ Adiós, doña Virtudes. Adiós, don Ramón.

VIRT. Adiós, hija, adiós.

RAM. Adiós, Mimí.

MIMÍ Adiós, Fernando. (Aparte.) No faltes. A las diez en casa.

FERN. (Aparte á ella.) A las diez en punto. Dejaré á tu marido en el casino.

GUST. A sus órdenes, don Ramón. A los pies de ustedes. Fernando, volveré á buscarte, cuando deje en casa á Mimí. Iremos á cenar al casino.

FERN. Te esperaré.

GUST. (Aparte.) Esta conquista me ha de acreditar.

MIMÍ Adiós. (A María Luisa.) Y no pongas esa cara, hija, que no venimos á robártelo.

M. LUI. ¡Qué cosas tienes!

VIRT. Adiós, adiós. (Vanse Mimí y Gustavo. El silencio se prolonga medio minuto. Fernando se deja caer indolente sobre una butaca. María Luisa lo mira un instante y vase después por la derecha. Debe cuidarse mucho la escena, para hacer resaltar el frío horrible que reina en la casa.)

ESCENA IV

FERNANDO y DON RAMÓN

RAM. Y bien, ¿qué te parece?

FERN. ¿Qué decías?

RAM. ¿Que si te parece ésto bien?

FERN. (Aparte.) Algún discursito moral tenemos. (Alto.) ¿Qué? Si no te explicas...

RAM Me explicaré. ¿Te parece bien esta farsa que acabamos todos de representar?

FERN. ¿Eh?

RAM. Aparecemos felices á los ojos del mundo, contentos, joviales, decidores, como si la

mejor harmonía reinase entre nosotros, y apenas á esos ojos que nos miraban les cerramos la puerta de la calle, viene la indiferencia y cae sobre nosotros, y adiós felicidad y alegría y contento...

FERN. ¿Pero acaso no somos felices?

RAM. ¿Felices? Tú, puede que lo seas, que para ser feliz no necesitas más que un puñado de dinero en el bolsillo; pero nosotros, tus padres, tu mujer..

FERN. ¡Ah, sí! Ya sé lo que quieres decirme. La cuestión de siempre. Que mi desvío, que mi indiferencia... ¿no es eso? Yo no me explico que ninguno de vosotros sea desgraciado. Somos ricos, vivimos adulados de la sociedad, el mundo nos sonríe, nada nos falta.

RAM. Sí, Fernando, falta algo, falta algo que vale más que todo eso que acabas de decir, aunque tú no lo sepas: falta el amor. Y ya ves cómo, pensando tú que todos debemos ser felices, somos desgraciados. Tu mujer, porque con riquezas, viviendo con lujo, aún cuando fuera mucho más: habitando palacios y ciñendo corona, echaría de menos tu cariño; tus padres, porque al verla á ella triste, deben entristecerse con ella, para suplir, en lo posible, ese amor que no puede encontrar en tí.

FERN. ¿Amor? Yo no sé lo que entenderéis vosotros, los poetas, por amor; pero el amor que yo me explico, el amor que todos conocemos en la realidad, el amor que debe existir en el matrimonio como suave lazo de unión entre dos seres, ese no falta aquí, por mi parte al menos. Yo cumplo todos mis deberes con María Luisa.

RAM. ¿Y qué entiendes tú por deberes? Ya deseaba hacerte esa pregunta.

FERN. Atenderla, ser con ella complaciente, cumplir todos sus gustos, satisfacer todos sus caprichos, comprarle trajes, regalarle joyas...

RAM. ¡Hermosa teoría moral! ¿No has oído tú nunca hablar de otro deber, un poco dife-

rente de esos que tú has citado, y que está por encima de todos ellos; del deber que tiene un marido de amar á su mujer?

FERN. Eso es muy cursi, papá.

RAM. ¡Cursi, cursi! Con esa palabra ponéis el veto á todo lo que os embaraza ú os molesta. Mira, Fernando, si antes de celebrarse tu matrimonio hubiese yo leído claro en tu corazón, te habría dicho: «deja á esa niña; no turbes su alegría inocente; vas á cometer un gran crimen: el crimen de arrancar un capullo de rosa, para tirarlo al suelo á que se marchite.

FERN. Te repito que yo cumplo con mi deber.

RAM. ¡No! A una mujer que con su cariño nos ofrece su corazón y su alma entera, que nos sacrifica padres, hogar, contento y alegrías, que al abandonarlo todo por nosotros nos dice: «tuya soy en cuerpo y alma»; á una mujer que borra de su corazón todos los afectos y todos los recuerdos de su memoria á una sola palabra nuestra; á una mujer que cae á nuestras plantas ofreciéndosenos esclava, ¿crees tú que se le paga con esa trama burda que mal encubre el desamor? El día que tú le digas á esa mujer: «aquí tienes mi alma; tómala; es toda entera para tí», ese día habrás cumplido con tu deber.

FERN. Me quieres aturdir con esas sutilezas de pensamiento.

RAM. Y tú, que tienes la mujer más hermosa, la más buena, la más humilde.

FERN. Eso es verdad, papá. Yo bien sé lo que vale María Luisa. Ella es humilde y cariñosa y buena; pero ya tú conoces mi carácter. Cuando yo me casé con ella, lo confieso, sentía yo en el corazón no sé qué desasosiego amoroso que me producía pesadillas y me hacía concebir disparates. Pensaba yo en irnos á vivir al campo, á cualquier rinconcito humilde, donde pudiéramos labrar para nosotros solos un dulce nido, al que no llegase el ruido del mundo; soñaba yo con pájaros y flores y jardines... y no sé cuantas tonterías

más; pero aquello no fué más que un loco devaneo de enamorado, una borrachera de amor, que después ha ido desvaneciéndose poco á poco.

RAM. Y ahora se ha desvanecido completamente.

FERN. ¿Abandonar la sociedad? Yo no puedo vivir fuera de ella, no concibo esa vida de anacoreta que antes imaginaba vivir feliz. Yo quiero á María Luisa, no te enfades, á mi manera; pero yo no puedo sacrificarle toda mi vida. Para mí no hay goce mayor que el saber que todos me admiran y que me envidian muchos. Cuando sé que alguno dice: «Fernando es distinguido y elegante», siento algo parecido á lo que sentirás tú al saber que algún lector de tus obras exclama: «¡qué versos más hermosos!» Esa es mi vanidad. En cambio me moriría de rabia si cualquiera de mis amigos llegase á decir: «¡qué ridículo es Fernando!» Yo bien conozco el carácter de María Luisa, yo bien sé que ella quisiera tenerme aquí, á su lado, siempre juntos; pero la sociedad nos censuraría, se cebaría en nosotros, y yo no puedo, no quiero consentirlo. Ea, no te enfades. Ya te he abierto de par en par mi corazón. No me pidas más.

RAM. Tú eres bueno, Fernando. Cuando llegues á convencerte de que todo eso que allá fuera, más allá de las puertas de tu casa, te atrae y te seduce, no es más que un falso juego de pirotecnia, entonces preferirás quedarte aquí dentro. Cuando llegues á comprender que las caricias alquiladas de las mujeres y las sonrisas de los amigos se acabarán con tu último billete, entonces buscarás en el hogar tranquilo y dichoso el cariño confortable de la familia.

FERN. Puede ser. Mientras tanto, cumpliré con mi deber.

RAM. ¡El deber! ¡Siempre con el deber!

FERN. Basta.

RAM. No, no basta. El amor es la fuente de la vida.

FERN. El deber es el régimen de la existencia. Frase por frase.

RAM. ¡El amor!

FERN. ¡El deber!

RAM. Queda con Dios. El amor es dulce, el deber es amargo. No lo olvides. (Vase por la derecha.)

ESCENA V

FERNANDO y FRANCISCO, que entra y sale

FERN. ¡Tonterías del pobre viejo! El mundo es bueno, la vida es alegre: gocemos de la vida y del mundo. Pronto vendrá Gustavo á buscarme. (Toca un timbre.)

FRAN. ¿Llamaba el señorito?

FERN. Tráeme el gabán, los guantes y el sombrero. Voy á salir.

FRAN. Al instante. (Entra lateral izquierda.)

FERN. Este ramo de flores para Mimí. Lo ha visto aquí, en mi casa, y por fuerza tendrá que agradecérmelo. Es deliciosa esa mujer. Una figurita de porcelana, un verdadero *bibelot*; pero ardiente y apasionada, toda corazón. Gustavo es un imbécil, que no sabe apreciar lo que su mujer vale. ¡Oh, esta conquista ha de acreditarme en todo Madrid! Yo no sé lo que tienen estos amores .. amores no, caprichos... estos caprichos que nos sorben el seso y nos vacían la bolsa. Mimí no es más hermosa que María Luisa... ¡Qué ha de serlo! María Luisa es honrada y buena, Mimí es casquivana y necia y caprichosa... pero María Luisa es mi mujer y Mimí es la mujer de un amigo mío.

FRAN. (Colocando el bastón, el sombrero y el gabán sobre una butaca.) ¿Manda algo más el señorito?

FERN. Este ramo de flores á casa de la señorita Mimí. Sé discreto.

FRAN. Descuide el señorito. (Vase foro, á tiempo de que María Luisa sale por la derecha.)

ESCENA VI

MARÍA LUISA y FERNANDO

M. LUI. (Reparando en las prendas que ha sacado Francisco.) ¿Vas á salir?

FERN. ¡María Luisa! Dispénsame; no te había visto. Todavía no; pero saldré pronto. Gustavo ha quedado en venir á buscarme; ya lo has oído.

M. LUI. Y esas flores que llevaba Francisco, ¿son para algún obsequio, verdad?

FERN. Sí, un obsequio. Un compromiso, un verdadero compromiso. La característica de... de un teatro, claro, de un teatro, celebra esta noche su beneficio, y como amigo que soy de la empresa...

M. LUI. Mira, ¡y yo que había pensado que serían para mí!... ¿Ves tú si soy tonta?

FERN. Y para tí serán, si las quieres.

M. LUI. No, no, de ningún modo. No quiero que faltes á tus compromisos. Es ya muy tarde para conseguir otro ramo tan bonito como ese.

FERN. ¿Y eso, qué importa? Por complacerte á tí ¿no he de dejar sin él á esa vieja graciosa? Además, mira, casi ha sido un mal pensamiento. Está demasiado madura y las flores ya no le sientan bien. Otra cosa cualquiera: un abanico, un neceser; eso, un neceser. Llamaré á Francisco. (Hace ademán de correr á llamarle.)

M. LUI. No; déjale esas flores á ella. Yo me conformo conque vuelvas temprano. Te esperaré.

FERN. No, de ningún modo. Pudiera hacerte daño; siempre te lo digo.

M. LUI. ¿Por qué sales entonces...? (Aparte.) Si se quedara, me atrevería á decírselo.

FERN. Hija, los compromisos, las aficiones. Ya sabes que el teatro me apasiona; á tí no te gusta...

M. LUI. Me aburren esas fiestas.

FERN. A mí me encantan. El espectáculo de la sala es más divertido que el de la escena. Imagínalo tú: una exposición de figuras humanas que se agitan y charlan y ríen y *flirtean* y murmuran de los demás. Allí se está al corriente de todo: de reuniones, de fiestas, de bodas, de divorcios, de trapisondas amorosas, en fin, de todo. Cada palco es un centro de información.

M. LUI. Por eso, precisamente por eso no me gustan. El mosconeo de la sociedad me enloquece.

FERN. A mí me divierte mucho. Hija, no es ningún delito; tú lo comprenderás.

M. LUI. No, no quise decirte eso; perdóname.

FERN Perdonada.

M. LUI. (Cariñosa.) Dime, ¿tardarás mucho?

FERN. No lo sé. ¿Quieres venir conmigo?

M. LUI. No, no. Estoy muy cansada. Esta tarde he salido con mamá. Dimos un gran paseo: vimos los escaparates de todas las tiendas de Madrid. No voy; me quedo en casa.

FERN. Como quieras. Yo no comprendo ese extraño carácter tuyo. Es enemiga del bullicio, dice mi padre. Yo pienso que tu carácter es un poco huraño, reservado, tristón. Las visitas te fastidian... apenas hemos hecho ninguna; los teatros te asustan; las reuniones te aterran. Tiene algo de enigmático tu pensamiento.

M. LUI. (Con tristeza.) ¡No me comprendes! Antes adivinabas en mis miradas todos mis pensamientos. Yo no quiero vivir allá fuera, sino aquí dentro, en nuestra casa.

FERN. Teoría de papá; un gran error. Es preciso vivir en todas partes: en casa y en la calle; es necesario conocer el mundo, tratar gentes, tener amigos. Y además, divertirse, distraerse. La clausura de las viviendas atrofia los sentidos. Es un precepto higiénico.

M. LUI. Yo no necesito divertirme; mejor dicho, me divierto en casa. Yo soy muy feliz estando aquí; y más, mucho más lo sería, si tú estuvieras siempre á mi lado, oyéndote decirme siempre que me quieres, que me quie-

res mucho. ¿Verdad que me quieres mucho, Fernando?

FERN. Sí, hija, sí. ¿Pero no comprendes que si nos encerrásemos en casa, anacoretas en medio de este gran mundo, se murmuraría de nosotros, se nos criticaría?

M. LUI. Todas las noches sales; al casino, al teatro...

FERN. Como tú sales con mi madre, todos los días, á dar vueltas y más vueltas por esas calles, mirando los escaparates de las joyerías y de las tiendas de modas. ¡Cuestión de gustos!

M. LUI. Si tú no quieres, no volveré á salir.

FERN. ¡No, hija, por Dios! ¿Cómo voy á pretender semejante cosa? ¿Cómo voy á poner diques á tus gustos ó á tus aficiones? Como tú no debes ponérselo tampoco á los míos. Si de cada una de estas pequeñeces hiciéramos una cuestión de gabinete, al diablo que sufriese la vida. (La conversación va decayendo. A cada momento se hace más fatigosa y más fría. Fernando da muestras de gran aburrimiento.)

M. LUI. Otras veces no me hablabas así.

FERN. Tampoco lo pensaba de esta manera. (Aparte, mirando el reloj.) Las nueve.

M. LUI. (Aparte.) No me atrevo á decírselo. (Alto.) ¿En qué piensas?

FERN. En nada. Esa pregunta la aprendiste en la escuela, ¿verdad?

M. LUI. ¿Por qué?

FERN. Porque es inocente. Eso se preguntan los niños cuando no tienen de qué hablar.

M. LUI. No lo sabía.

FERN. (Mirando el reloj impaciente.) Ya son más de las nueve. Gustavo llegará de un momento á otro. Dispénsame; voy un instante á mi habitación. Y si él no llega, saldré yo á buscarle.

M. LUI. No, no; eso no. (Aparte.) Me deja sola, ahora que él va á venir.

FERN. Pero, ¿por qué, mujer?

M. LUI. Porque no quiero. Espéralo en casa.

FERN. Bueno, lo esperaré. ¡Qué afán extraño! Ea, ¿deseas algo? ¿quieres alguna cosa?

M. LUI. No, nada, gracias. (Pausa. Llamando á Fernando que se marcha.) ¡Fernando!

FERN. ¿Qué querías?

M. LUI. (Con mimo.) Nada.

FERN. Vamos, niña. Hasta luego. (Vase izquierda.)

ESCENA VII

MARÍA LUISA. A poco DOÑA VIRTUDES

M LUI. ¡Sola! ¡Siempre sola! La sociedad me roba tu cariño y tu compañía. Para volver los ojos á ella, los apartas de mí; para atender á sus agasajos, olvidas mis caricias; ella ocupa mi puesto en tu corazón. No la perdono, no. Es muy grande el daño que me hace.

VIRT. (Por la derecha.) ¿Tú sola? ¡Estás agitada, intranquila, nerviosa! ¿Se lo has dicho?

M. LUI. No.

VIRT. Pero, hija, ¿otra vez? Vamos, tranquilízate; no te pongas de esa manera. Sufres mucho.

M. LUI. Fernando no me quiere.

VIRT. ¿Que no te quiere? Sí. El es bueno, siempre te quiso mucho, ¿cómo no ha de quererte ahora? Es un engaño tuyo, figuraciones, pensamientos malos...

M. LUI. No me quiere, no, no me quiere. ¡Y yo le quiero á él! Cuanto más imposible es mi cariño, con más fuerza se agarra á mi corazón. Por volver á tenerle junto á mí, de rodillas, y oir su voz temblando de amor, y y sentir el calor de sus miradas, y el fuego de sus besos, daría toda la vida. Si es nuestro matrimonio el que ha hecho desvanecerse su cariño, ¡maldito lazo! ¡Quisiera ser la amante preferida allá fuera, y no aquí dentro la mujer despreciada!

VIRT. ¡Jesús! No pienses eso. Un poco de desvío, sí lo tiene, ya lo he notado yo; pero no más que un poco. ¿Quién sabe qué será? Las ocupaciones, la política, los negocios... á veces, cualquier cosa insignificante les preocupa á los hombres y los hace estar tristes, huraños.

M. LUI. No está triste, no.

VIRT. No pienses más en ello. Piensa que él te quiere, que te querrá, que todo eso no es más que aprensión tuya; la historia de siempre: alguna nubecilla de verano que se disipará cuando tú le digas...

M. LUI. No, no; no se lo digo; no me atrevo.

VIRT. ¿Por qué no has de atreverte? Es que tú no conoces á los hombres, ni sabes los secretos de la vida. Tú no sabes lo que sentirá él cuando tú le digas: «pronto serás padre; pronto tendremos un hijo chiquitín, precioso, rubio, con los ojos azules y grandes y dulces.»

M. LUI. No, no se lo diré. ¡Ni siquiera lo sospecha él!

VIRT. ¡Padre! ¡Padre! Tú no sabes que es eso para un hombre. Lo que ahora no pueden ni tus súplicas, ni tu cariño, lo podrán entonces los bracitos del pequeñuelo, cuando lo abrace, llamándole papá. Entonces lo tendrás allí sujeto, al pie de la cuna, juntos los tres, él con vosotros, porque cadenas amasadas con pétalos de rosa, que no podrá romper, lo atarán para siempre.

M. LUI. ¡No, no, si no me atrevo!... Quiero decírselo y no encuentro palabras. ¿No es él quien debe adivinarlo?

VIRT. Yo se lo diría, pero tienes que ser tú, tú misma; no puede ser nadie más que tú. Verás, yo le llamo y te dejo sola con él.

M. LUI. No, mañana, otro día...

VIRT. Vamos, niña, no te pongas de esa manera. Ahora mismo.

M. LUI. No..

VIRT. En seguida; verás. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VIII

MARÍA LUISA. A poco GUSTAVO

M. LUI. Tengo miedo; no sé por qué... (Cae en una butaca.)

GUST. (Por el foro.) Las mujeres son insufribles. Es

decir, las mujeres propias. Toda la tarde he traído la mía colgada del brazo. Gustavo por aquí, Gustavo por allá, Gustavo por el otro lado. Mira, ¡qué bonito! ¡qué preciosidad!. Anda, cómprame esto; cómprame lo otro. Gustavo... Gustavo... (Repara en María Luisa.) ¡María Luisa! Está sola, agitada... algún disgusto que Fernando le ha dado. ¡Oh, éste es el momento! He llegado oportunamente. (Se acerca á ella con sigilo.)

M. Lui. ¡Gustavo!

Gust. ¡María Luisa!

M. Lui. Fernando está allá dentro. Le espera á usted.

Gust. Que espere. Por él no he de cambiar una compañía tan grata. Digo, si es que no le molesta á usted mi presencia.

M. Lui. No, no es eso, pero...

Gust. Está usted agitada, nerviosa, intranquila. ¿Seré indiscreto si pregunto la causa?

M. Lui. No, no es nada. Un dolorcillo ligero de cabeza, un poco de aprensión, nada.

Gust. Aquí, en confianza, algún disgustillo casero, ¿verdad? Es muy natural, muy humano.

M. Lui. No, no es eso, no. Yo no tengo ningún disgusto.

Gust. ¿Por qué lo niega usted, si es una cosa tan natural? Si un hombre y una mujer no riñen cuando están casados, ¿cuándo van á reñir? No se ría usted si me pongo un momento serio y le hablo en tono filosófico. El hogar es pequeño para los grandes amores. No, no se ría usted de mi filosofía, que es la filosofía que me ha enseñado el mundo

M. Lui. No le he entendido á usted ni una palabra; pero no quiero entenderlo tampoco. A mí no me importa la filosofía esa del mundo.

Gust. ¡Ah, pues es necesaria! La ciencia de vivir, el arte de pasarlo bien. Usted debe aprenderla, María Luisa.

M. Lui. No, no; yo no la quiero. A mí no me hace falta ninguna.

Gust. A usted más que á ninguna otra mujer. Yo que me precio de conocer el mundo y de ver algo más abajo de la superficie de las

cosas, sé que usted sufre mucho, que es usted desgraciada. ¡La eterna historia de las mujeres buenas! ¡Florecillas de invernadero!

M. LUI. ¿Por qué me dice usted eso? ¿Qué quiere usted decirme?

GUST. ¿Ve usted cómo ya le van interesando mis teorías?

M. LUI. No, no, no me interesan. ¡Si no sé lo que digo! ¡Déjeme usted!

GUST. Vamos, séame usted franca, María Luisa. Yo creo que seré pará usted, cuando menos, un buen amigo. Confíeme usted esos secretillos del corazón. Yo lo comprendo todo perfectamente: no soy asombradizo. El desvío de Fernando, su indiferencia, su ceguera.. Acerté, ¿verdad que acerté? Otro marido que supiera apreciar lo que usted vale, otro cualquiera que no fuese Fernando, que es incapaz...

M. LUI. (Con energía.) No hable usted de ese modo de mi marido.

GUST. Es verdad; tiene usted razón. ¿Para qué hemos de perder el tiempo en ocuparnos de él, que vale tan poco? Hablemos de usted, que tanto vale, hablemos de nosotros, de mis esperanzas...

M. LUI. No, no, de nada de eso. Si quiere usted hablarme, hábleme de otra cosa; del tiempo, de fiestas, de modas, de eso que tanto les interesa á ustedes allá fuera.

GUST. A mí no me interesa nada más que mi María Luisa.

M. LUI. (Con indignación y energía.) ¿Qué dice usted?

GUST. ¡Qué desgraciado soy! Figúrese usted el tormento de quien estuviese á las puertas de la gloria y no pudiese entrar en ella; de quien tuviese la felicidad al alcance de la mano y y no pudiese tocarla nunca. Estar siempre esperando lo que nunca se ha de alcanzar, es el mayor de los martirios. Pues ese es el mío, el que usted me impone. Estoy siempre á su lado, viéndola, hablándole, adorándola, y siempre está usted conmigo esquiva, indiferente. A veces, sorprendo una sonrisa

en sus labios y pienso: Gustavo, esa felicidad que tú esperas, va á llegar, y lo que luego llega, es una mirada severa de sus ojos, que me hace tanto daño como si me cruzaran la cara de un latigazo. ¡María Luisa! ¿Me escucha usted?

M. LUI. Calle usted, calle usted, ó llamaré á Fernando.

GUST. ¿Qué me importa que Fernando lo sepa? El amor no es ningún delito, ni el matrimonio una escritura de compra-venta que sirva para esclavizar el corazón.

M. LUI. Calle usted. Esa es la sociedad, es el mundo, la mentira, la maldad, el engaño. Le temo, le odio. (Desfallecida.) ¡Fernando!

GUST. ¿Por qué le llama usted? El no hará caso de sus palabras. ¡María Luisa! Yo daría mi vida por hacerla feliz, mi fortuna, mi nombre, por una mirada suya de cariño; pero Fernando es incapaz de comprender el sacrificio de la más nimia de sus comodidades, del más vulgar de sus caprichos; Fernando la desprecia, yo la adoro... piense usted quién debe valer más para su corazón, si él ó yo. (Aparte.) He tocado la fibra sensible.

M. LUI. No, él, Fernando, mi Fernando. Calle usted, no me hable usted más; no quiero oirle. Es usted un miserable. Así aprovecha usted la confianza de mi marido, que le abre las puertas de su casa.

GUST. Es que usted no sabe cómo la quiero yo, María Luisa. Por usted sería yo capaz de traicionar á mi propio padre, ¿cómo no he de traicionar á un amigo?

M. LUI. (Con desaliento.) Calle usted. Se lo ruego, se lo mando. ¡Si es que va á conseguir usted que le odie! ¡Si es que le odio ya! Estoy loca. ¡Fernando!

GUST. (Acercándose mucho á ella.) ¡María Luisa! La amo á usted... ¡Te amo!...

M. LUI. Déjeme usted ó gritaré.

GUST. No, María Luisa. Venga usted aquí, á mi lado. (Le coge una mano y se la besa rápidamente.)

M. LUI. (Aterrada.) ¡Ah! (Corre hacia la izquierda, al mismo tiempo que llegan doña Virtudes y Fernando.)

ESCENA IX

DICHOS, DOÑA VIRTUDES y FERNANDO

FERN. ¡María Luisa!

GUST. (Aparentando una exquisita indiferencia.) Desengáñese usted, María Luisa; como Mozart ninguno. Es más sincero, hay más ingenuidad en su arte, por lo mismo que es primitivo y aun no se vale de artificios y trampas.

VIRT. (Aparte.) Ha llegado á tiempo para estorbar. Procuraré llevármelo.

FERN. (Aparte con marcado recelo.) ¡Solos! (A María Luisa.) ¿Por qué gritabas?

GUST. (Rápidamente.) Estábamos discutiendo un tema musical. María Luisa dice que Beethoven vale más que Mozart; yo digo que Mozart vale más que Beethoven. Cada uno tiene su autor predilecto; pero desengáñense ustedes: como Mozart ninguno. María Luisa estaba entonando una sonata, aquella que comienza .. no me acuerdo como comienza. Ese fué el grito que habrás oído tú.

M. LUI. (Aparte, con angustia.) Lo siento aquí, candente. ¡Es un sello de fuego que me abrasa hasta el corazón!

VIRT. (A Gustavo.) ¿Le apasiona á usted la música?

GUST. Sí, señora. Es mi gran afición.

FERN. (Aparte, dominado por un pensamiento fijo.) Sería horrible, sería horrible. Ojo por ojo, diente por diente. No, no; aquella es mala, pero ésta es buena.

GUST. ¿Nos iremos, Fernando? Ya es tarde.

VIRT. Perdone usted, Gustavo. Mi marido me ha dicho que le espera á usted allá dentro. Querrá leerle algunos versos. Cuestión de un momento. Ya sabe usted... esa es su manía.

GUST. Vamos cuando usted quiera. (Aparte.) ¡Vieja importuna!

VIRT. Cuestión de un momento. (Vanse por la derecha.)

ESCENA X

MARIA LUISA y FERNANDO

FERN. María Luisa, ¿qué tienes?

M. LUI. ¿Vas á salir?

FERN. ¿Otra vez, niña? ¿No ves que ha venido Gustavo á buscarme?

M. LUI. Pues no quiero que salgas; quiero que te quedes aquí conmigo. Tengo que hablarte muchas cosas.

FERN. Háblame cuanto quieras. ¿Qué te sucede? ¿Qué deseas? (Se pone el abrigo. Luego va calzándose los guantes muy despacio, de modo que cuando llegue el momento culminante de la escena esté preparado para salir.)

M. LUI. Todo, todo; te lo he de decir todo.

FERN. Tranquilízate; estás nerviosa.

M. LUI. Sí, nerviosa; no sé qué tengo. Me parece que el corazón va á rompérseme en cien pedazos. ¡Fernando!

FERN. ¡María Luisa! Vamos; dímelo todo. Ven, siéntate aquí conmigo. No te pongas de esa manera. ¿Qué tienes?

M. LUI. Es que quiero decírtelo todo á un tiempo, y ya lo ves: no te digo nada.

FERN. Vamos, serénate. Acabarás por ponerme intranquilo.

M. LUI. ¡Si vieras cuánto pesa esta carga de sentimientos y de ideas que me despedazan la cabeza y me ahogan el corazón!...

FERN. ¡Niña loca! ¿Qué ideas han de meterse en esa cabecita, ni qué sentimientos en ese corazón, para que tú te aflijas?

M. LUI. Unas ideas muy negras, unos pensamientos muy tristes. Fernando, tú no me quieres.

FERN. ¿Que no te quiero yo? Pero, ¿de dónde sacas tú que no te quiero?

M. LUI. No, déjame acabar. No vamos á jugar ahora á los novios celosos. Ya lo sé yo de sobra

que no me quieres. Me quisiste por un capricho nada más; como cuando era niña, quería yo á mis muñecas; sólo el día que me las regalaban. De esa manera me quisiste tú; pero á mí me hiciste quererte mucho, con toda el alma, con todas las fuerzas de mi corazón, hiciste que viviese para tí solo, para pensar en mi Fernando, sin otras alegrías que tu cariño, sin otros arrullos que tus palabras, sin otro calor en mi vida que el de tus besos, deseándote para mí sola, todo entero, sin que nadie pudiese robarme ni un pedacito tuyo. Y cuando yo llego á quererte de esa manera, tú te cansas de mí, y me dejas, y vas á buscar en el mundo las alegrías que yo no supe darte.

FERN. ¡María Luisa!

M. LUI. ¡Ya ves tú si todo esto es triste! Y me dejas ahora, cuando yo más necesito de tu cariño, cuando más necesito el consuelo de tus palabras y el dulce calor de tus caricias, cuando quiero tenerte aquí á mi lado y estar siempre mirándome en tus ojos, cuando siento aquí dentro de mi alma no sé qué fuerza misteriosa que me impulsa hacia tí y me hace desearte con vehemencia... ¡sábelo de una vez!... cuando voy á ser madre.

FERN. ¡Madre!...

M. LUI. ¡Sí!

FERN. ¡María Luisa, alma mia!

M. LUI. ¡Fernando!

FERN. ¿Pero es verdad? Dímelo. Otra vez, muchas, que lo esté oyendo siempre para que no me parezca mentira.

M. LUI. No; calla, calla. Necesito decírtelo todo de una vez. Si no te lo dijese ahora, no tendría fuerzas para decírtelo nunca. Tú no me quieres. La sociedad me roba tu cariño, te seduce, te arranca de mis brazos. Vé con ella, pero no la traigas á casa. Que no entre por esas puertas ni una ráfaga del aire de maldad que afuera se respira. Tengo miedo, Fernando, tengo miedo. Yo te quiero con todas las fuerzas de mi alma y te querré siempre,

aunque tú me abandones, aunque tú me desprecies, aunque tú me odies.

FERN. ¿Qué dices? ¡De una vez! Gustavo...

M. LUI. Gustavo, sí, Gustavo. ¿No lo ves? Míralo; aquí en la mano... me dió un beso. ¿No lo estás viendo, dí?

FERN. (Aterrado) ¡Ah!

M. LUI. Que no venga más á esta casa. No lo merece.

FERN. (Aparte.) El, Gustavo. ¡Qué horrible pensamiento! Corazón, corazón, ¿cómo no brotas sangre?

M. LUI (Asustada.) No, Fernando. ¿Qué dices? ¿Qué piensas? ¿Por qué no me respondes? Dí.

FERN. (Como luchando consigo mismo.) No. María Luisa, alma mía, ven, aquí, á mis brazos, junto á mi pecho; éste es tu lugar.

M. LUI ¿No te marcharás?

FERN. No, nunca. Aquí tengo tus brazos, tus caricias, tus besos.

M. LUI. ¡Fernando!

FERN. ¡Vida mía! Siempre juntos. ¡Que venga la sociedad entera á separarnos! (Quedan amorosamente abrazados, en un èxtasis de pasión.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, DOÑA VIRTUDES, DON RAMÓN y GUSTAVO

RAM. ¡Fernando!

VIRT. ¡Angelitos!

GUST. Se ha vuelto loco. ¡Qué ridiculez!

FERN. ¡Gustavo! (Aparte, dominándose.) ¿Con qué derecho recrimino yo á este hombre?

GUST. Vamos, chico; ya es tarde.

FERN. Yo no voy; vé tú solo.

GUST. Por eso no perdemos nada. Si no quieres salir, me quedaré á cenar con vosotros. (Se sienta.)

FERN. No; te he dicho que te vayas.

GUST. Pero, qué, ¿me echas de tu casa? ¿Es que me desprecias?

FERN. Ahora que tú piensas que te desprecio, es tal vez cuando dejo de despreciarte. ¡Vete!

GUST. Ya me voy. (Aparte.) No entiendo una palabra. Está loco. Mejor será dejarle. (Vase.)

M. LUI. ¡Fernando!

FERN. ¡María Luisa! (Se sientan, abrazados, en un sofá.)

VIRT. (Con extrañeza.) ¿Pero?...

RAM. ¡Chist!... calla, calla, mujer. Vámonos por aquí. Déjalos solos, solos. ¿No ves que despierta el cariño? (Vanse por la derecha. María Luisa y Fernando quedan mirándose dulcemente.—Telón muy lento.)

FIN

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta